

Hasta principios de abril la sección peruana del ejército de Moquegua había estado en Arica a cargo de Montero y la división boliviana en Tacna, mandada por Camacho. Esta separación había evitado que surgiera entre los alia-

*Vacio del "Tratado secreto" sobre la prioridad del mando*

dos la cuestión de la primacía del mando, pero desde que se reunieron nació la divergencia que era muy peligrosa, porque afectaba a la alianza. Formaba parte de las estipulaciones acordadas entre los gobiernos, para dar cumplimiento al Tratado Secreto que el mando de ambos ejércitos lo ejercería el Presidente de cualquiera de los dos países que estuviese en el teatro de operaciones, pero no se había previsto quien debía asumirlo a falta de ellos

Camacho se sometió a Montero de mala gana, a rechina dientes, mientras recibía instrucciones del Presidente de su país a quien consultó. Campero le ordenó obedecer al Jefe peruano mientras tanto, ofreciéndole estudiar el caso de acuerdo con el Ministro del Perú en Bolivia, que lo era ahora don J. Enrique Bustamante y Salazar.

*Divergencia de Montero y Camacho*

Allanada esta dificultad apareció otra más grave. Montero tenía instrucciones de mantenerse a la defensiva cubriendo a Tacna, y por consiguiente a Arica que quedaba a su espalda, y Camacho, que conocía la quebrada de Sama por haberla visitado un año antes por encargo de Daza, sostenía que convenía apoderarse de ella antes que la tomaran los chilenos y librar allí la batalla decisiva (1).

Camacho y los principales jefes bolivianos patrocinaban este plan táctico con mucha energía y eran contradichos por la gran mayoría de los del Perú que opinaban como Montero, originándose con este motivo un desacuerdo que afectaba la cordialidad de los ejércitos y la unidad de acción del mando superior. Camacho alegaba que Tacna se defendía lo mismo desde Sama que desde un sitio cercano a la población; que aquí el campamento tendría agua y leña, no así en cualquier lugar intermedio, donde sería indispensable esperar al enemigo para ahorrar a la población de Tacna un combate a sus puertas; que en caso de revés era fácil la retirada de Sama a Bolivia y se evitaba el peligro de que el agresor en vez de marchar derechamente contra Tacna oblicuase a Calana donde podría desviar el curso del Caplina y dejar a la población de Tacna y al ejército que la defendía entregados a los horrores de la sed. A estas razones oponía Montero sus instrucciones que eran terminantes.

*Junta de Guerra para resolver la divergencia*

Como la divergencia asumió caracteres agrios se celebró una Junta de Guerra con la concurrencia de los principales jefes de ambos ejércitos en que no se avanzó nada en el sentido de solucionar la dificultad porque los peruanos y bolivianos se mantuvieron firmes en las opiniones emitidas. Lo único que esa Junta acordó, que puede estimarse como manifestación de su deseo de procurar la concordia, fué enviar a Sama una comisión de su seno a estudiar la divergencia en el terreno, la cual tampoco consiguió ponerse de acuerdo. Entonces Camacho volvió a escribir a Campero preguntándole si su subordinación al Jefe del Perú debía llegar hasta el extremo de marchar derechamente a la derrota, como sucedería si la batalla no se libraba en la vecindad de la quebrada de Sama. Y como era hombre obstinado, junto con despachar el propio que lleva-

(1) Las instrucciones del Gobierno de Lima prescribían así textualmente: "A Montero: 1º la defensiva absoluta de Tacna y Arica; 2º la defensiva-ofensiva de las alturas de Moquegua". Este segundo punto se refería a la ocupación de la cuesta de los Angeles que había sido cumplida.

ba la carta, ordenó a la división boliviana estar lista para marchar a Sama al primer aviso, lo cual casi asumía los caracteres de una insubordinación.

La carta de Camacho cayó como una bomba en el palacio de La Paz. Campero vió en peligro la alianza, y luego al punto conferenció con el Ministro del Perú y con su Secretario General quienes le aconsejaron que sin perder momento se marchase a Tacna a restablecer la armonía. Campero solicitó del Ministro peruano que le acompañara y, en efecto, al siguiente día ambos tomaban el camino del Tacora, en medio del asombro y variados comentarios de los vecinos de La Paz, sorprendidos con la noticia del repentino viaje (2).

Esto ocurría el 14 de abril. El día anterior había salido de la misma ciudad para el teatro de la guerra aquella 5ª división, que Campero levantara en el sur de su país, cuya marcha al litoral de Antofagasta se había anunciado muchas veces durante el Gobierno de Daza sin poder hacerlo jamás por falta de recursos. Se recordará que esa división se vió envuelta en el pronunciamiento de los Coroneles Silva y Guachalla, a consecuencia de lo cual fué preciso reorganizarla. La mandaba ahora el general don Claudio Acosta y se componía de tres cuerpos de infantería, el Tarija, formado en la provincia de su nombre; el Chorolque, en la provincia de Chichas, y el Grau, en Cochabamba, y además un escuadrón de caballería mandado por el Comandante Ballivián, organizado en La Paz. La división ascendía a 1.600 hombres. Ingresó al ejército aliado de Tacna a principios de la segunda quincena de abril. Con ella la fracción boliviana de ese ejército elevó su efectivo a 5.000 hombres.

Campero y Bustamante salidos el 14 de La Paz, llegaron en la media noche del 18 a Tacna, tan oportunamente que si tardan muy poco más habrían encontrado que la división boliviana iba en marcha a Sama. Al siguiente día, a la hora de la diana, las bandas de los cuerpos fueron a saludar en su alojamiento al Presidente boliviano. Montero le hizo entrega solemne del mando y aquel nombró Jefe de Estado Mayor del ejército aliado, cargo que no existía hasta entonces, a un general anciano que había peleado en Yungay y sufrido las persecuciones de Daza. Se llamaba don Juan José Pérez. Este distinguido oficial sucumbió poco después a consecuencia de heridas recibidas en la batalla de Tacna. Con el solo hecho de haber una voluntad no discutida cesaron las divergencias y volvió a reinar la armonía.

"Puedo decir, ha escrito Campero, que la alianza no existía sino en el nombre u ofi-

(2) El Ministro Bustamante y Salazar refirió a Piérola estos incidentes diciéndole que al llegar él a Tacna en compañía de Campero, Montero se había manifestado muy sorprendido del viaje a ambos y le había pedido la explicación de él. "Contestéle, dice, manifestándole que en vista de las cartas que el Coronel Camacho dirigía al señor General Campero comunicándole el completo desacuerdo de opinión en que respecto al plan de batalla se encontraba con el General en Jefe del ejército aliado, consultando si en efecto se hallaba tan completamente a las órdenes de éste que debiera obedecerlas, aun conociendo que ellas llevaban al ejército que le estaba encomendado a un total desastre, y dejando ver muy claro su intención de obrar en un caso dado cediendo a sus propias inspiraciones, temí que así dispuesto el Coronel Camacho, tal desacuerdo pudiera traer en pos de sí la pérdida de la batalla y lo que habría sido mucho más grave y trascendental la ruptura de la alianza, por lo que no encontrando otra manera de conjurar este peligro que la venida del General Campero, le supliqué encarecidamente adoptara este partido, consiguiendo que cediera a mis instancias con la condición de que yo lo acompañara".

cialmente, pero no en el hecho. Yo logré restablecerla haciendo cambiar por completo el aspecto que hasta entonces habían tenido las cosas”.

La disputa promovida por lo que se llamaba el “plan del Coronel Camacho” era una discusión teórica, que no se podía llevar a la práctica porque el ejército aliado carecía de elementos de movilidad para llegar a Sama rápidamente, como habría sido necesario hacerlo, porque el chileno ya había empezado su movilización. Esos hombres del desierto no comprendían lo que requiere una lucha que se desarrolla en él con el pesado armamento moderno.

Cuando intentaron avanzar a Sama no lo pudieron, revelándose así la puerilidad del desacuerdo que había tenido tan a mal traer sus relaciones.

### III

El compañero de Campero en su viaje de La Paz a Tacna, el Ministro Bustamante y Salazar, juzgaba así al Presidente de Bolivia:

*Juicio del Ministro del Perú sobre Campero*      “En un hombre sencillo, leal, y sinceramente deseoso de la unificación de nuestros dos países”.

Este juicio es exacto. Las informaciones reservadas de los diplomáticos peruanos saben a los despachos de los embajadores de Venecia en el Renacimiento, que han sido tan útiles a la historia. El buen diplomático peruano llevaba al cinto la espada florentina. No se comprendió—empleo deliberadamente el pretérito—otra diplomacia que la de la duplicidad insinuante y comunicativa. Esto era lo que enfurecía a Bolívar y desesperaba a Sucre.

Esta vez Bustamante y Salazar calificaba bien a Campero: hombre bueno de espíritu irresoluto. Colocado enfrente del problema suscitado por Camacho, Campero quiso contemporizar, sin ofender a nadie, y resolvió examinar la cuestión en el terreno, yendo a Sama, no con algunas personas de su confianza, sino con todo el ejército, a vía de prueba, lo cual, aunque parezca inverosímil, está confirmado por él mismo.

“Subsistía, dice, la divergencia de opiniones respecto al plan de acción entre los dos jefes del ejército aliado, el General Montero y el Coronel Camacho. Para obrar con acierto me era necesario tomar determinación fija, lo que no me era posible hacer sin examinar las cosas personalmente. Decidí, pues, poner en movimiento el ejército y el 24 de abril se dió orden de marcha para el día siguiente por el camino de Sama”.

*Campero resuelve ir a Sama con todo el ejército y no puede hacerlo*

Al punto se pusieron de manifiesto las dificultades de la movilización. El ejército no podía emprender la marcha, porque carecía de medios de transporte. Hubo que esperar algunos días, hacer requisición de mulas y asnos, adquirir carretas, etc. Por fin los batallones salieron de Tacna y acamparon a legua y media del valle del Caplina; pero tampoco pudieron permanecer allí, porque carecían de agua al punto que era preciso llevar diariamente las bestias a beber al río. Entretanto el parque no podía salir de Tacna. Con esa experiencia Campero reunió a Montero y a Camacho y les manifestó

que lo sucedido probaba la sinrazón de su divergencia. Con el asentimiento de ambos rehizo el camino andado y acampó en la vecindad de esa ciudad en una posición antimilitar lo que lo obligó a mudarse de nuevo tres días después y volver al punto que acababa de desalojar a legua y media de Tacna. En los días transcurridos entre un movimiento y otro se había organizado a medias un

*Campero resuelve  
volverse a Bolivia*

servicio de Intendencia. Diríase que el ejército aliado estaba en maniobras y no al frente del enemigo. Es el mismo

Campero quien ha referido estos curiosos incidentes. Esto ocurría en los primeros días de mayo. El 5 de ese mes Campero tomó una resolución rarísima. En la orden general de ese día anunció que delegaba el mando en Montero y él se retiraba a Bolivia a instalar la Convención encargada de hacer la elección presidencial. No había transcurrido un mes desde que había tenido que salir precipitadamente de La Paz, para evitar la ruptura de la alianza y ahora pretendía provocar la misma situación. ¿A qué obedecía tan extraña medida? No era a miedo, porque Campero era hombre de honor. ¿Pero tenía en el mismo grado valor moral? ¿Poseía la entereza que arrostra las responsabilidades? Fué preciso que el Ministro del Perú lo disuadiera del paso que intentaba dar.

Después de los movimientos que he descrito, el ejército aliado acampó en un desierto contiguo a Tacna. Campero se echó a estudiar las vecindades buscando el sitio definitivo para aguardar al enemigo. Su actitud tenía que ser *defensiva* por falta de movilidad y como tal necesitaba encontrar una posición fuerte, segura, que anulara la superioridad de la caballería contraria y esto lo consiguió plenamente eligiendo el terreno en que se libró la batalla de Tacna. El ejército se trasladó allí a mediados de mayo (el 16), y ostentosamente se le bautizó con el nombre de Campo de la Alianza.

*El "Campo de la  
Alianza"*

Queda este sitio célebre a distancia de pocos kilómetros de Tacna, en plena pampa, ubicado de oriente a poniente, entre la ribera medanosa que conduce a Arica y la empinada

cordillera, de cuyos contrafuertes lo separa una quebrada por donde pasa el camino que conduce a Tacna. El punto mismo ocupado por los aliados era una meseta prominente, y tiene en su costado norte una arista o cortina donde se podían desplegar, sin ser vistas, las líneas de infantería. Al frente de ella se extiende una llanura cubierta por el fuego de la cortina, o como la llama Campero un glacis, el cual tenía que ser atravesado por el atacante a pecho descubierto. Como el terreno es ondulado, en la espalda de la arista se establecieron las reservas y la caballería peruano-boliviana. En ambos flancos de la histórica meseta hay tajos o quebradas bastante profundas que facilitan la defensa de sus extremidades laterales, por estar cubiertas con un manto de arena que hacía difícil el tránsito para la infantería, mucho más para las piezas de artillería y los carros de municiones y de equipo. Este campo desolado, solemne por su desnuda grandeza, testigo mudo del drama en que se iba a jugar la suerte de tres naciones, lo ha cubierto la naturaleza con una mortaja amarillenta y calcinada. La humedad de las noches endurece el suelo salino superficialmente, y al pisarlo el caminante se hunde en la arena hasta cerca de un pie. Ese era el glacis, el penoso glacis, que los chilenos tuvieron que atravesar a pecho descubierto bajo los fuegos enemigos para acercarse a esa cortina en elevación defendida por un ejército, con corta diferencia, tan numeroso como él. Con razón Campero calificaba así el Campo de la Alianza:

“Bajo el punto de vista estratégico la posición era favorable y satisfacía a las prescripciones del arte militar”.

Sin poseer fortificaciones artificiales, de hecho las tenía construídas por la naturaleza, y Campero las completó con disposiciones atinadas. Las ondulaciones del suelo fueron defendidas con fosos, de modo de convertir cada arruga del terreno en una posición defensiva, y se proveyó a cada soldado de un saco vacío para que lo rellenara con arena y le sirviera de parapeto para disparar tendido en el suelo. El terreno fué estudiado tácticamente, las distancias medidas para el tiro de las diferentes armas y se colocaron señales sucesivas de modo que los infantes y artilleros pudieran graduar sus alzas a medida que el enemigo avanzara. Durante varios días el ejército aliado evolucionó en el campo ensayando la manera de defenderlo por todos los flancos. El Jefe de Estado Mayor del ejército peruano ha dicho a este respecto:

*Estudio táctico del campamento*

“Todos los días se hacían ejercicios suponiendo que el enemigo nos atacara por la derecha, por la izquierda, o por el centro, y se había convenido que en esa posición esperaríamos el ataque, aumentando sus ventajas con una fortificación pasajera para lo que a cada soldado se había entregado un saco”.

La fortificación pasajera a que se refiere esta cita eran los reductos formados con sacos de arena protegidos por la artillería, los que eran independientes de la fortificación defensiva de cada tirador. Había cuatro reductos de esa clase defendiendo las piezas y las ametralladoras, situadas en sitios prominentes, que dominaban el extenso glacis del frente, pero el principal era el de la derecha, o sea del oriente, donde se colocó la artillería boliviana con cinco cañones y dos ametralladoras. Esta era una construcción en regla hecha por un ingeniero extranjero.

Una sabana de arena separaba este campo del valle del Caplina en cuyo seno verde y florido se levanta como una flor tropical la ciudad de Tacna: caserío de construcción colonial cuya vida somnolienta iba a turbar el estrépito del formidable choque.

Mientras el ejército aliado se adiestraba en las maniobras del campo, el chileno hacía sus últimos aprestos en el pintoresco campamento de las Yaras.

El 22 de mayo Baquedano hizo un reconocimiento sobre el campo perú-boliviano, que he de referir en breve, y Campero dedujo por la inclinación de las tropas enemigas que el ataque principal sería sobre su extrema izquierda, y entonces ordenó que su ejército se adiestrase para rechazarlo por ese lado. La orden general del ejército aliado del 24 de mayo dice así:

“El ejercicio del día de hoy tiene por objeto formar la línea de batalla por la izquierda”.

No se equivocó Campero. La extrema izquierda fué la que atacó la división de Amengual, que soportó lo más recio del fuego.

*Posición inexpugnable*

Diffícilmente se puede concebir una posición más fuerte que la del ejército aliado. Poderosa por la naturaleza, por el trabajo del hombre, y por el estudio minucioso del terreno. El atacante tenía que pasar un largo trecho bajo los fue-

gos de la artillería e infantería antes de asaltar las líneas invisibles ocultas detrás de la cortina que cubría el frente a guisa de parapeto.

“Ocupando nosotros, ha dicho Campero, la cima de una meseta con una ceja bastante pronunciada por delante y con explanadas o glacis al frente del enemigo y a nuestra retaguardia, nuestras dos líneas de batalla y aun las reservas eran invisibles para el enemigo y permanecieron así hasta que se encarnizó el combate y nuestras tropas salieron de sus posiciones”.

Era tal la superioridad de la posición de los aliados que los generales peruano-bolivianos no se explicaron el rápido y completo triunfo del adversario sino suponiéndole una enorme desproporción numérica. A juicio de ellos las excelentes posiciones y su enérgica defensa fueron sofocadas por el número y nada más que por él. Esta afirmación es inexacta. El efectivo del ejército chileno en Tacna fué de 13.500 hombres; el del enemigo más de 12.000. La diferencia numérica de ambos ejércitos no debía ser superior a 1.000 hombres en favor del chileno (3).